

Las dos señoritas salieron á las ventanas, y nos despedían agitando los mismos pañuelos con que secaban sus lágrimas. Ninguna de las dos, ni la destinada al matrimonio, que era, por tanto, ignorante, ni la consagrada al claustro, que era ya medio doctora, habían entendido la conversación que acabo de referir.

Las pobrecillas veían desaparecer un mundo y nacer otro nuevo sin darse cuenta de ello.

XXII

Era la madrugada cuando las columnas de vanguardia comenzaron á salir de Bailén. Mi regimiento debía salir de los últimos, y mientras se pusieron en movimiento la artillería y los cuerpos de á pie, estuvimos más de media hora formados á la salida del pueblo, á mano derecha del camino, esperando la orden de la marcha. Ibamos á Andújar, resueltos á tomar la ofensiva contra el ejército francés, que al mismo tiempo debía ser atacado por Castañón, del lado de Marmolejo. ¿Y la división de Vedel, cuyos movimientos eran la clave de aquel problema estratégico? La división de Vedel estaba en Andújar el día 16, cuando ocurrió la acción de Menjíbar, que antes he descrito. Al saber Dupont la derrota de Ligier-Belair y la muerte de Gobert, dispuso que Vedel marchase sobre Bailén, con intención de seguirle él al día siguiente.

Mientras éste iba sobre Andújar, Ligier-Belair, al vernos retirar y pasar el río, creyó que las tropas de Reding, unidas con las de Coupigny, intentaban extenderse cautelosamente por la orilla izquierda, río arriba, tomando el camino de Linares á Guarromán, para ocupar luego La Carolina y cortar el paso de la sierra. Persuadido de esto, y sin hacer averiguaciones, emprendió la marcha hacia el Norte, creyendo anticiparse á lo que creía un rasgo de ingenio estratégico del General Reding. Llega Vedel á Bailén creyendo encontrarnos, y los franceses que quedaron allí le dicen: «¡Quíá, los *insurgentes* han repasado el río y van por Linares á ocupar el paso de la sierra; pero el General Ligier-Belair, que ha comprendido el juego, ha marchado en seguida á ocupar La Carolina, de modo que cuando lleguen los españoles, creyendo haber hecho un movimiento de primer orden, se lo encontrarán allí.» Vedel oye esto y dice: «Han ido á cortar el paso de la sierra para impedirnos la retirada y matarnos aquí de hambre y sed. Pues corramos á La Carolina. Vamos; en marcha.» Manda un emisario á Dupont, diciéndole: «Señor General en Jefe, los *insurgentes* han ido á cortar el paso de la sierra. Corro á La Carolina, venga usted tras mí, y acabaremos con ellos.»

Esto pasaba en los días 17 y 18. En tanto los *insurgentes*, replegados á la orilla izquierda, como he dicho, fingíamos un movimiento hacia Linares; pero en cuanto cerró la noche, los *insurgentes* caminamos á marchas forzadas

hacia Bailén. Por eso en este pueblo nos decían: «Por aquí pasó Vedel esta mañana en dirección á La Carolina, para impedirles á ustedes que cortaran el paso de la sierra. ¿No íbais hacia Linares?»

No; nosotros íbamos á Andújar, con objeto de atacar á Dupont. Por causa de los torpísimos movimientos de los generales franceses, una gran parte de la fuerza imperial corría hacia la sierra, buscando un fantasma. Los *insurgentes*, á quien ellos suponían en marcha hacia La Carolina, estaban en Bailén, en marcha para Andújar. He aquí la verdadera y exacta situación de las divisiones españolas y francesas en la noche del 18 al 19 de Julio.

Íbamos á luchar con Dupont, sólo con Dupont. Pero ¿y si Vedel, conociendo á tiempo su error, retrocedía velozmente para caer de improviso sobre nuestra espalda durante el combate? Esta funesta probabilidad estaba compensada con el hecho seguro de que el ejército francés de Andújar tendría que defenderse al mismo tiempo de nosotros y de la reserva, que le amenazaba del lado de Poniente. De todos modos, nuestra posición era arriesgada; por lo cual, deseando Reding cerciorarse de la verdadera distancia á que se hallaba Vedel, había despachado camino arriba, desde Menjibar, al teniente de ingenieros D. José Jiménez, con encargo de averiguarlo.

Este valiente oficial, cuyo nombre no está en la historia, se disfrazó de arriero, y en una fatigosa jornada supo desempeñar muy bien su comisión, volviendo por la noche á decir

que Vedel había pasado ya más allá de La Carolina.

Así andaban las cosas cuando nos preparábamos á salir de Bailén al amanecer del 19. Pero no lo habíamos previsto todo: no habíamos previsto que Dupont, muy receloso de aquella ilusoria ocupación de la sierra por los insurgentes, había levantado su campo en la misma noche, y silenciosamente, sofocando los ruidos de su tropa, abandonaba la funesta y para ellos maldita ciudad de Andújar.

Cerca de la madrugada, nuestros jefes disponían las columnas para la marcha. Si al comienzo de aquella misma noche, que ya se iba á extinguir, una mirada humana hubiera podido escudriñar desde la altura de los cielos lo que pasaba en aquella larga faja de sementeras y olivares que se extiende á la vera de los montes, entre éstos y el Guadalquivir, habría visto que del obscuro caserío de Andújar se destacaba cautelosamente, escurriéndose por detrás de las casas, una hilera de hombres y caballos; que esta hilera se iba alargando por la carretera en interminable procesión, y serpenteaba con lento paso, sin ruido y sin luces; habría visto cómo se iba extendiendo la negra raya, destacándose á ratos sobre la tierra blanquecina, á ratos confundiéndose con los oscuros olivos, sin dejar de seguir paso á paso, como si no quisiera ser vista y anhelara apagar en el polvo el ruido de las cureñas; habría visto que iban delante unos tres mil hombres de infantería, después un escuadrón de caballos, después seis cañones, después un número in-

menso de carros, tantos, tantos carros, que ocupaban dos leguas; detrás de los carros nuevos grupos de infantería y muchos generales; después otros seis cañones, dos regimientos de coraceros; luego cuatro cañones, y al fin otro grupo de jefes, seguidos de quinientos hombres de á pie. Esta raya no se detenía en parte alguna, y avanzaba despacio y con precaución, custodiando sus dos leguas de convoy. Los hombres que la formaban, mudos y cabizbajos, presagiando sin duda funestos acontecimientos, dirían para sí: «Llegaremos á La Carolina, donde ya estará Vedel, y batiendo á los *insurgentes*, nos abriremos paso por desfiladeros para abandonar esta tierra maldita, á la cual el Emperador ha tenido la mala ocurrencia de enviarnos... ¡Oh! ¡Cuándo os veremos, tierras de la Turenne, del Poitou, de la Charente, de los Vosgos, del Artois, del Limosin!...»

XXIII

Mientras aguardábamos la salida, nuestras lenguas no estaban ociosas, y aunque Marijuán me entretenía por un lado con sus donaires y chuscadas, por el otro era de tanto interés un diálogo entablado entre Santorcaz y D. Diego, que á las palabras de éstos dirigí toda mi atención. No puedo menos de copiarlo íntegro y tal cual lo oí, por si mis lectores

quieran meditar un poco sobre el mismo tema.

—Lo que me indicaba usted hace poco—decía Santorcaz,—acerca de que esa linda joven que se le destina para esposa no quiere salir del convento, debe tenerle sin cuidado. Esas son gazmoñerías de las muchachas españolas que, engañadas por su fantasía, se creen enamoradas de Jesucristo, cuando lo que sienten es verdadera pasión por un ideal mundano.

—Y si no quiere salir, que no salga—respondió el joven.—¡Si yo no la he visto, si yo no comprendo por qué razón he podido pensar en ella una sola vez!

—¿Pero la quiere usted?

—Confesaré á usted lo que me pasa. Cuando mi madre me llamó un día, y después de darme dos palmetazos porque tenía las manos manchadas de tinta, me dijo que había determinado casarme, sentí mucha alegría, y al volver á mi cuarto rompí todas las planas de escritura, diciendo á D. Paco que yo era un hombre y no me daba la gana de obedecerle. A todas horas pensaba en mi mujercita y en las delicias del matrimonio. Mi madre escribía cartas y más cartas para concertar mi boda, y cuando yo le preguntaba con la mayor curiosidad: «Señora madre, ¿cómo va eso?» me respondía: «Anda á estudiar, mocoso. Ahora, con la novelería del casamiento no coges un libro en la mano.» Por fin mi mamá, á fuerza de cartas, lo arregló todo. Cuando fui á Córdoba creí que me la enseñarían; pero

aquellas señoras dijéronme que la discreta joven no quería salir del convento, y, por último, me dieron el medallón que usted tiene guardado. Después la sobrina me regaló unos dulces, y su tía un pito para que fuera pitando por las calles, y en mi segunda y tercera visita pasó lo mismo, excepto que no me dieron más pitos. Cuando ví el retrato me gustó tanto la niña, que por la calle le iba dando besos, y por la noche la acosté conmigo en mi cama. Estoy prendado de ella; mejor dicho, lo estuve estos días atrás, porque ya, habiendo discurrido sobre la necesidad de prendarme de un retrato, me río de mí mismo y digo: «¡Si de carne y hueso encontraré tantas, á qué volverme loco por una pintural»

—Pues no, Sr. D. Diego—dijo Santorcaz.—Puesto que la señora Condesa le escogió á usted esa esposa, sin duda es un gran partido, y usted debe insistir en casarse con ella.

—¿Si? Pues vaya usted á sacarla del convento—añadió Rumblar.—Vamos, que según me dijeron, no hay quien le hable de otro esposo que Jesucristo.

—Ya lo he dicho: gazmoñerías de las españolas, por lo general mujeres nerviosas, muy extremadas en sus pasiones, y dispuestas siempre á confundir en un mismo sentimiento la voluptuosidad y el misticismo. Cuidado con las monjitas de quince años, que reniegan del siglo y juran que han de morir de viejas en el claustro. Yo conocí una joven y linda novicia que tampoco quería tener más esposo que Jesucristo, y que se ponía furiosa cuando le

hablaban de salir del convento, hasta que un Viernes Santo vió á cierto joven al través de la verja del coro. A los quince días la hermosa novicia abrió por la noche una de las rejas del convento, y se arrojó á la calle, donde le esperaba su amante y hoy feliz esposo.

—¡Oh! ¡Bonitísimo sucesol—exclamó con entusiasmo D. Diego.—¡Cuánto daría porque á mí me pasase uno semejantel

—¿Ella le ha visto á usted?

—No.

—Pues en cuanto le vea, apuesto á que se apresura á salir por la puerta, sin exponerse á los peligros de arrojarse por la ventana. Pero ahora que me ocurre, Sr. D. Diego: si usted en vez de ser un muchacho apocadito, educado á la antigua, y sencillo como un fraile motilón, fuera un hombre atrevido, arrojado... pues... como somos todos aquellos que no hemos recibido la educación de Grandes de España; si usted se echara de una vez fuera del cascarón de huevo en que le ha empollado la ciencia de D. Paco y los mimos de sus hermanitas, ahora podríamos lanzarnos á una aventura deliciosa.

—¿Cuál, amigo Santorcaz?

—Mire usted. Después de la batalla, y cuando volvamos á Córdoba, sacar á esa joven del convento.

—¿Cómo?

—Demonio, ¿cómo se hacen las cosas? ¡Si viera usted! Eso es muy divertido. ¿Ve usted este rasguño que tengo en la mano derecha? Me lo hice saltando las tapias de un convento. Son cinco los que escalé, por trapicheos con

otras tantas novicias y monjas. ¡Ay, señor D. Diego de mi alma! El recuerdo de éstas y otras cosillas es lo que le alegra á uno, cuando se siente ya en las puertas de la triste vejez.

—Hombre, eso me parece muy bonito— dijo D. Diego, saltando sobre la silla.—Pues yo quiero hacer lo mismo, yo quiero rasguñarme saltando tapias de convento. Con que diga usted, ¿qué hacemos? ¿Nos entramos de rondón en el convento, y cogiendo á la monjita me la llevo á mi casa? Sí; y habrá que pegarle un par de sablazos á alguien, y romper puertas, y apagar luces. Hombre, ¡magnífico! ¡Si dije que usted es el hombre de las grandes ideas! ¡Qué cosas tan nuevas y tan preciosas me dice! Estoy entusiasmado, y me parece que antes de venir al ejército era yo un zoquete. Cabalmente recuerdo que he pensado alguna vez en eso que usted me dice ahora... sí... allá... cuando iba á misa con mi madre á las Dominicas.

—Estas cosas, D. Diego, son la vida— añadió Santorcaz;—son la juventud y la alegría.

—¡Soberbia ideal! ¿Con que vamos á buscar á esa jovencuela, mi futura esposa? ¡Qué preciosa ocurrencial! Verá ella si yo soy hombre que se deja burlar por niñerías de novicia. Nada, nada: mi esposa tiene que ser, quiera ó no quiera. Pero oiga usted: ¿y si nos descubren los alguaciles y nos llevan presos?

—Por eso hay que andar con cuidado; pero en ese mismo cuidado, en las precauciones que es preciso tomar, consiste el mayor gusto

de la empresa. Si no hubiera obstáculos y peligros, no valía la pena de intentarla.

—Efectivamente. A mí me gustan los peligros, Sr. D. Luis. A mí me gusta todo aquello que no se sabe á dónde va á parar. Siga usted hablándome del mismo asunto. ¿Qué precauciones tomaremos?

—¡Oh! Cuando llegue el caso se verá. Yo soy muy corrido en esas cosas. Ya no estoy para fiestas, es verdad, y por cuenta mía no intentaría aventuras de esta especie; pero son tan grandes las disposiciones que descubro en usted para ser hombre á la moderna, hombre de ideas atrevidas y para echar á un lado las rancias y rutinas de España, que volveré á las andadas y entre los dos haremos alguna cosa.

—Pero, hombre, ¿cuándo se dará esa batalla, cuándo volveremos á Córdoba, para enseñarle yo á mi señorita cómo se portan los caballeros de ideas modernas, que han recibido un *desaire* de las novias de Jesucristo? Pero diga usted, Santorcaz: si perdemos la batalla, si nos matan...

—Todavía no se ha hecho la bala que ha de matarme á mí. Y usted, ¿qué presentimientos tiene?

—Creo que tampoco he de morir por ahora. ¡Ay! ¡Si viera usted! tengo un fuego dentro de la cabeza... Me hierven aquí tantos pensamientos nuevos, tantas aventuras, tantos proyectos, que se me figura he de vivir lo necesario para que sepa el mundo que existe un D. Diego Afán de Ribera, Conde de Rumblar.

—¡Bueno, magnífico! Lo mismo era yo

cuando niño. Fui después á Francia, donde aprendí muchísimas cosas que aquí ignoraban hasta los sabios. Al volver he encontrado á esta gente un poco menos atrasada. Parece que hay aquí cierta disposición á las cosas atrevidas y nuevas. En Madrid se han fundado varias sociedades secretas.

—¿Para asaltar conventos?

—No, no son sociedades de enamorados. Si algún día se ocupan de conventos, será para echar fuera á los frailes y vender luego los edificios...

—Pues yo no los compraría.

—¿Por qué?

—Porque esas casas son de Dios, y el que se las quite se condenará.

—¿Qué es eso de condenarse? Me río de vuestras simplezas. Pues, hijo, adelantado estáis.

—Vivamos en paz con Dios—dijo D. Diego.—Por eso creo que antes de robar del convento á mi novia, debemos confesar y comulgar, diciéndole al Señor que nos perdone lo que vamos á hacer, pues no es más que una broma para divertirnos, sin que nos mueva la intención de ofenderle.

Santorcaz rompió á reír desahogadamente.

—¿Con que usted es de los que encienden una vela á Dios y otra al Diablo? Robamos á la muchacha, ¿sí ó no?

—Sí, y mil veces sí. Ese proyecto me tiene entusiasmado. Y me marcharé con ella á Madrid; porque yo quiero ir á Madrid. Dicen que allí suele haber alborotos. ¡Oh! ¡cuánto

deseo ver un alboroto, un motín, cualquier cosa de esas en que se grita, se corre, se pega! ¿Ha visto usted alguno?

—Más de mil.

—Eso debe de ser encantador. Me gustaría á mí verme en un alboroto; me gustaría gritar con los demás diciendo: abajo esto, abajo lo otro. ¡Ay! ¡Cómo me alegraba cuando mi señora madre reñía á D. Paco, y éste á los criados, y los criados unos con otros! No pudiendo resistir el alborozo que esto me causaba, iba al corral, ponía cañutillos de pólvora á los gatos, y encerrándolos en un cuarto con las gallinas, me moría de risa.

Santorcaz, lejos de reír con esta nueva barrabasada de su discípulo, fijaba la mirada en el horizonte, completamente abstraído de todo, y meditando sin duda sobre graves asuntos de su propio interés. No sé cuál será la opinión que el lector forme de las ideas de aquel hombre; pero no se les habrá ocultado que sus ingeniosas sugerencias encerraban segundo intento. El atolondrado rapaz, lanzado á las filas de un ejército sin tener conocimiento del mundo, con viva imaginación, arrebatado temperamento y ningún criterio; igualmente fascinado por las ideas buenas y las malas, con tal que fueran nuevas, pues todas echaban súbita raíz en su feraz cerebro, acogía con júbilo las lecciones del astuto amigo; y su lenguaje, su nervioso entusiasmo, sus planes entre abominables é inocentes, todo anunciaba que Don Diego se disponía á cometer en el mundo mil disparates.

Santorcaz, después de permanecer por algunos minutos indiferente á las preguntas de su discípulo, reanudó la conversacion; pero apenas comenzada ésta, oímos un tiro, en seguida otro, luego otro y otro.

XXIV

Todos callamos: detuviéronse las columnas que habían comenzado á marchar, y desde el primero al último soldado prestamos atención al tiroteo, que sonaba delante de nosotros á la derecha del camino y á bastante distancia. Corrieron por las filas opiniones contradictorias respecto á la causa del hecho. Yo me alzaba sobre los estribos, procurando distinguir algo; pero además de ser la noche obscurísima, las descargas eran tan lejanas, que no se alcanzaba á ver el fogonazo.

—Nuestras columnas avanzadas —dijo Santorcaz, —habrán encontrado algún destacamento francés, que viene á reconocer el camino.

—Ha cesado el fuego —dije yo. —¿Echamos á andar? Parece que dan orden de marcha.

—O yo estoy lelo, ó la artillería de la vanguardia ha salido del camino.

Oyóse otra vez el tiroteo, más vivo aún y más cercano, y en la vanguardia se operaron varios movimientos, cuyas oscilaciones llegaron hasta nosotros. Sin duda algo grave pasaba, puesto que el ejército todo se estremeció

desde su cabeza hasta su cola. Un largo rato permanecimos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos á otros noticias de lo que ocurría; pero en nuestro regimiento no se sabía nada; todos los generales corrieron hacia la izquierda del camino, y los jefes de los batallones aguardaban órdenes decisivas del Estado Mayor. Por último, un oficial que á escape volvía en dirección á la retaguardia, nos sacó de dudas, confirmando lo que en todo el ejército no era más que halagüena sospecha. ¡Los franceses, los franceses venían á nuestro encuentro! Teníamos enfrente á Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban á escaramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos á salir para buscarle en Andújar, llegaba él á Bailén de paso para La Carolina, donde creía encontrarnos. De improviso unos cuantos tiros les sorprenden á ellos tanto como á nosotros: detienen el paso; extendemos nosotros la vista con ansiedad y recelo en la obscura noche; todos ponemos atento el oído, y al fin nos reconocemos, sin vernos, porque el corazón á unos y otros nos dice: «Ahí están.»

Cuando no quedó duda de que teníamos enfrente al enemigo, el ejército se sintió al pronto electrizado por cierto religioso entusiasmo. Vivas y muertas sonaron en las filas; pero al poco rato todo calló. Los ejércitos tienen momentos de entusiasmo y momentos de meditación; nosotros meditábamos.

Sin embargo, no tardó en producirse fuertísimo ruido. Los generales empezaron á señalar posiciones. Todas las tropas que aún